

27

poemas de

ANTONIO GAMONEDA

CON MOTIVO DE SU LECTURA EN EL CICLO
«MAESTROS X MAESTROS DE LA POESÍA CONTEMPORÁNEA»
CELEBRADA EL 19 DE OCTUBRE DE 2010
EN LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES



ÍNDICE

5	[Tu cuerpo silba]
6	[La naturaleza de los cuerpos]
9	[Asediados por ángeles y cenizas cárdena...]
10	[Vi la sombra perseguida por látigos amarillos]
11	[El cinturón de álamos es oloroso...]
12	[Los jueves por la tarde se cerraba la escuela...]
13	[Eran días atravesados por los símbolos...]
14	[El vendedor de sombra aparecía...]
15	[Tengo frío junto a los manantiales...]
16	[Entre el estiércol y el relámpago...]
17	[Un bosque se abre en la memoria...]
18	[Tiendo mi cuerpo...]
19	[La luz hierve debajo de mis párpados]
20	[Vi mi rostro en el interior del cobre...]
21	[Vi árboles clamando...]
22	[Quizá me sucedo en mí mismo...]
23	[Siento el crepúsculo en mis manos...]
25	[Duermes bajo la piel de tu madre...]
26	[Fluías en la oscuridad; era más suave que existir]
27	[Como si te posases en mi corazón...]
28	[Bajo los sauces]
29	[Llueve en hebras doradas]
30	[Oigo tu llanto]
31	[Yo estaré en tu pensamiento...]
32	Faik
35	Extravío en la luz
36	Ha de llover
41	Nota biográfica

Tu cuerpo silba bajo los arándanos. ¿Insinúas la libertad de las bestias protegidas por conducta de los vientos?

Líbrate de la libertad antes de entrar en mí.

Tú eres veloz y oscura entre los arándanos encendidos; eres profunda y bella como un rostro en el agua; tu piel es dulce. Pero mi lengua es sagaz

y tus oídos escuchan sin misericordia.

El silencio y sus círculos, el ácido que depositas sobre mi salud,

la suciedad hirviendo dentro de mi alma;

éste es el precio de la paz. Acuérdate.

La naturaleza de los cuerpos es fingir la existencia y este conocimiento es el fin de un espíritu rodeado por gallinas ávidas.

Lee en las láminas de vidrio: los argumentos del placer y los capítulos de la destrucción atravesados por una sola mirada. ¿Quién habla en esta transparencia?

Sólo es legible el libro de lo incierto.

El afilador que posee en sus cánulas una sola nota, clara como una serpiente, creadora de la niñez en un espacio de hombres vigilados, no es más feliz que su propia música destinada al invierno.

Así era el rostro de tu madre.

Nuestra pasión es trivial: una enseñanza atribuida a pájaros sobre la nieve, a los volúmenes cuya visión es la forma más perfecta de la tristeza.

Y la convicción crece únicamente en el paladar de hombres aptos para la administración de la muerte, hombres cuyas azumbres están llenas de líquidos más decisivos que el dolor.

Mas, los incrédulos, desposeídos de conducta, ¿qué iglesia luce en nuestros gemidos?

Hay indicios en narraciones impecables: el vendedor de higos chumbos cuya pobreza está bajo la luz y sonreía cerca del cuchillo y la limpieza de su acto era una lámpara increíble, una prueba exquisita de la inexistencia coronada de gritos en la celebración del mercado.

O, en los jardines del verano, el muro quieto en la imposibilidad, externo a un espesor de líneas invisibles, un espesor dotado de melancolía.

O, más aún, en tu chaqueta abandonada y entreabierta, es decir en una forma que describe tu desaparición.

Esta perplejidad es la conciencia. El miedo ejerce de pastor, pero no sabes más de ti que un animal abortado sobre el agua.

La contradicción está en mi alma como los dientes en la boca que habla de misericordia.

La confusión está en mi alma y pienso en ríos al deslizar mi lengua en las mujeres que se apiadan de mis ácidos. Mi salud es lasciva ante esas grandes ventanas.

Estos enjambres... Y la blancura de tu espalda, el caminante ciego que vas delante de mí, o, en esas tazas pulimentadas

por el vértigo, el alimento azul, el preparado para la hora de la muerte.

Largos silbidos llegan desde los patios. Yo escucho hasta la hora más tardía y el mundo es oquedad y la hermosura de los adulterios hierve en el fondo de los vasos de noche.

Así es la víspera de un día. La leche anuncia la mañana.

¿Quién ha entrado en mis oídos?

(De *Descripción de la mentira*, 1977, 1986 y 2006)

Asediados por ángeles y ceniza cárdena enmudecéis hasta
advertir la inexistencia

y el viento entra en vuestro espíritu.

Respiráis el desprecio, la ebriedad del hinojo bajo la lluvia:
blancos en la demencia como los ojos de los asnos en el ins-
tante de la muerte,

ah desconocidos semejantes a mi corazón.

Vi la sombra perseguida por látigos amarillos,

ácidos hasta los bordes del recuerdo,

lienzos ante las puertas de la indignación.

Vi los estigmas del relámpago sobre aguas inmóviles, en
extensiones visitadas por presagios;

vi las materias fértiles y otras que viven en tus ojos;

vi los residuos del acero y grandes ventanas para la contem-
plación de la injusticia (aquellos óvalos donde se esconde la
fosforescencia);

era la geometría, era el dolor.

Vi cabezas absortas en las cenizas industriales;

yo vi el cansancio y la ebriedad azul

y tu bondad como una gran mano avanzando hacia mi corazón.

Vi los espejos ante los rostros que se negaron a existir:

era el tiempo, era el mar, la luz, la ira.

El cinturón de álamos es oloroso bajo los manantiales de marzo y en los vertederos se insinúan flores lívidas junto a la fermentación de las hogueras subterráneas. Son las flores candidas y venenosas de los extrarradios y su fertilidad conduce a la infancia, a una población de establos en el camino de Trobajo, donde existía un vértigo azul presidido por el milano y animales muertos entre las sendas y las viñas. Eran los días grandes. Para siempre, la ciudad fue fundada en la claridad del miedo.

Los jueves por la tarde se cerraba la escuela y los chiquillos nos reuníamos para una expedición prohibida que se iniciaba sin concluir nunca; quiero decir que nunca llegó a alcanzar el gran árbol prometido, un moral de dulcísimos frutos negros. Pero nosotros íbamos. Atravesábamos las ortigas. En las acequias desecadas había sombra y pedernales, y, en ciertos sitios, herramientas, huellas de labradores enviados por sus madres a territorios innombrables, lejos de la virtud de los fie-latos, que entonces eran habitación de los espías.

Pasaban trenes en la tarde y su tristeza permanece en mí.

Eran días atravesados por los símbolos. Tuve un cordero negro. He olvidado su mirada y su nombre.

Al confluír cerca de mi casa, las sebes definían sendas que, entrecruzándose sin conducir a ninguna parte, cerraban minúsculos praderíos a los que yo acudía con mi cordero. Jugaba a extraviarme en el pequeño laberinto, pero sólo hasta que el silencio hacía brotar el temor como una gusanera dentro de mi vientre. Sucedió una y otra vez; yo sabía que el miedo iba a entrar en mí pero yo iba a las praderas.

Finalmente, el cordero fue enviado a la carnicería, y yo aprendí que quienes me amaban también podían decidir sobre la administración de la muerte.

El vendedor de sombra aparecía en la hora de la siesta y su voz henchía los portales recién regados. Laurel y orégano entre las manos sudorosas; hierbas secretas para el mal de madre y la infelicidad; venas de cardenillo en las monedas de cobre; percal en torno a las gargantas femeninas. La mercancía convoca a la esperanza y el vendedor aguileño oficiaba sobre los sabores deseados, sobre las calenturas y la cal de los huesos envejecidos: romero y salvia para las grietas del corazón, ruda para los cocimientos de invierno. Los aromas llegaban a los cuerpos y el anís encendía los párpados del vendedor de sombra.

(De *Lápidas*, 1986 y 2006)

Tengo frío junto a los manantiales. He subido hasta cansar mi corazón.

Hay yerba negra en las laderas y azucenas cárdenas entre sombras, pero, ¿qué hago yo delante del abismo?

Bajo las águilas silenciosas, la inmensidad carece de significado.

Entre el estiércol y el relámpago escucho el grito del pastor.

Aún hay luz sobre las alas del gavián y yo descendo a las hogueras húmedas.

He oído la campana de la nieve, he visto el hongo de la pureza, he creado el olvido.

Un bosque se abre en la memoria y el olor a resina es útil al corazón. Vi las esferas del sudor y los insectos en la dulzura;

luego, el crepúsculo en sus ojos;

después, el cardo hirviendo ante el centeno y la fatiga de los pájaros perseguidos por la luz.

Tiendo mi cuerpo sobre las maderas agrietadas por las lágrimas, huelo la linaza y la sombra.

Ah la morfina en mi corazón: duermo con los ojos abiertos ante un territorio blanco abandonado por las palabras.

(De *Libro del frío*, 1992, 2001 y 2009)

La luz hierve debajo de mis párpados.

De un ruiseñor absorto en la ceniza, de sus negras entrañas musicales, surge una tempestad. Desciende el llanto a las antiguas celdas, advierto látigos vivientes

y la mirada inmóvil de las bestias, su aguja fría en mi corazón.

Todo es presagio. La luz es médula de sombra: van a morir los insectos en las bujías del amanecer. Así

arden en mí los significados.

Vi mi rostro en el interior del cobre
abrillantado por el vinagre
y el frío.

Era la niñez delante de agujeros sangrientos,

la niñez abrasada en sus pétalos, perdida

en la dulzura negra de canciones lejanas.

Vi árboles clamando, bestias heridas y el temblor del sílice.

Vi la vagina maternal que llora y el dolor en una cunca dorada

y a los suicidas en el interior de la luz.

Ahora no veo más que

ángulos temibles.

Quizá me sucedo en mí mismo. No sé quién pero alguien ha muerto en mí. También ayer olía la desaparición y estaba amenazado por la luz, pero hoy es otro el cuchillo delante de mis ojos.

No quiero ser mi propio extraño, estoy entorpecido por las visiones. Es difícil

poner luz todos los días en las venas y trabajar en la retracción de rostros desconocidos hasta que se convierten en rostros amados y después llorar porque voy a abandonarlos o porque ellos van a abandonarme.

Qué

estupidez tener miedo al borde de la falsedad y qué cansancio

abandonar la inexistencia y

morir después todos los días.

Siento el crepúsculo en mis manos. Llega a través del laurel enfermo. Yo no quiero pensar ni ser amado ni ser feliz ni recordar.

Sólo quiero sentir esta luz en mis manos

y desconocer todos los rostros y que las canciones dejen de pesar en mi corazón

y que los pájaros pasen ante mis ojos y yo no advierta que se han ido.

Hay

grietas y sombras en paredes blancas y pronto habrá más grietas y más sombras y finalmente no habrá paredes blancas.

Es la vejez. Fluye en mis venas como agua atravesada por gemidos. Van

a cesar todas las preguntas. Un sol tardío pesa en mis manos inmóviles y a mi quietud vienen a la vez suavemente, como una sola sustancia, el pensamiento y su desaparición.

Es la agonía y la serenidad.

Quizá soy transparente y ya estoy solo sin saberlo. En cualquier caso, ya

la única sabiduría es el olvido.

(De *Arden las pérdidas*, 2003)

Duermes bajo la piel de tu madre y sus sueños penetran en tus sueños. Vais a despertar en la misma confusión luminosa.

Aún no sabes quién eres; estás indecisa entre tu madre y un temblor viviente.

Fluías en la oscuridad; era más suave que existir.

Ahora, cuando una lágrima demasiado viva podría herir tu rostro,

vas cautelosa hacia ti misma.

Como si te posases en mi corazón y hubiese luz dentro de mis venas y yo enloqueciese dulcemente; todo es cierto en tu claridad:

te has posado en mi corazón,

hay luz dentro de mis venas,

he enloquecido dulcemente.

Bajo los sauces

yo te llevo en mis brazos y te siento vivir.

Después salimos a la luz y, por primera vez,

tú ves el cielo y lo señalas y lo nombras.

Es verdad; en el extremo de tus manos,

el cielo es grande y azul.

Llueve en hebras doradas

y envuelven nuestros cuerpos los perfumes de marzo.

Sucede como en tus ojos:

llueve a través de la luz.

Oigo tu llanto.

Subo a las habitaciones donde la sombra pesa en las maderas inmóviles, pero no estás: sólo están las sábanas que envolvieron tus sueños.

¿Todo en mí es ya desaparición?

No aún. Más allá del silencio,

oigo otra vez tu llanto.

Qué extraña se ha vuelto la existencia:

tú sonríes en el pasado

y yo sé que vivo porque te oigo llorar.

Yo estaré en tu pensamiento, no seré más que una sombra imprecisa;

habré existido en un instante en que la alegría y la piedad ardían en tus ojos.

Pero también quiero permanecer desconocido en ti.

Desconocido. Simplemente envuelto en tu felicidad.

Tú distraída en tu luz y yo apenas viviente en ella, y así, imperceptiblemente amado, esperar la desaparición.

Aunque quizá estamos ya separados por un hilo de sombra y cada uno está en su propia luz

y la mía es la que tú vas abandonando.

(De *Cecilia*, 2004)

FAIK

Has retornado a mis venas.

Es sospechosa tu dulzura, tan semejante a cuando vendías luz
y mentiras sagradas.

Te reconozco en tu negación. En las tardes inmóviles,
entrabas en ti mismo y te ocultabas en un temblor de párpados
al advertir la proximidad de pájaros incandescentes
que anidan en tus celdas cerebrales.

La locura se abría en ti como una flor. Vi sus pétalos negros.
Sucedían tus accidentes: el estertor de tu máquina invisible y,
colérica y una vez más, la dulzura.

Crujías bajo mis manos pero era inútil la misericordia articu-
lar. Crujías
atravesado por una música amarilla. Y gritabas. Gritabas
hasta que tus gritos creaban el amanecer.

Eras intocable como un sable indeciso
sobre una mujer que llora. Cuando despertabas,
te envolvías en una gran sábana. Volvías a ti mismo
y tus heces adquirían en ti
la perfección intacta de la luz.

Te reconozco aunque te escondas bajo la piel del ébano.
Finges amor hasta crear un verdadero amor
y ahora estás amando en mí. Te reconozco.

Gimes como un perro herido en el interior de mi pecho.
¿Recuerdas
cuando te acostabas sobre mi corazón?
Ahora, insomne en la muerte, has venido a comprar mis ojos.
Así
es tu causa, tu astucia kurdistana.

Buscas tus documentos incestuosos, tus profecías en la virtud
de la epilepsia
y aquellos códigos de la sabiduría que permite
ser feliz en el fuego

Tú acuñabas monedas únicamente válidas
en los mercados de frutos y tinieblas.
Pero tú no adquirirías otros frutos que los que arden en el
cuerpo de tus hermanas
y también y tan sólo tinieblas maternas.

Ah los frutos y las tinieblas en tus manos,
mercantilmente triste, accidentalmente vivo
en Nueva York o en Nasría.

Eres bello y horrible. Tú me induces al adulterio con cuerpos
desollados
y a la fornicación sobre la púrpura.

No puedo abandonarte, sin embargo, a tu propia inclemencia:
estás soñando mis sueños
y amas en mí lo que no es tuyo.

Has abrevado en manantiales ciegos y te has erguido en la
demencia. En rigor,
no te necesito: hay suficiente impureza en mi corazón.

Pero tú eres mi sacramento negro, la última
sustancia de mis venas.

(Inédito)

EXTRAVÍO EN LA LUZ

Amé. Es incomprendible como el temblor de los álamos.
Estoy extraviado en la luz pero yo sé que amé.
Yo vivía en otro ser y su sangre se deslizaba por mis venas y
la música me envolvía y yo mismo era música.

Ahora,

¿quién es ciego en mis ojos?

Unas manos pasaban sobre mi rostro y envejecían dulcemente. ¿Qué fue existir entre cuerdas y olvido?
¿Quién fui en los brazos de mi madre, quién fui en mi propio corazón?

Es extraño: únicamente he aprendido a desconocer y olvidar.

Es extraño.

Todavía el amor
habita en el olvido.

(Inédito)

HA DE LLOVER

Hay sequía en la luz y la ceniza llora
como mi madre. Sin lágrimas.

Ha de llover.

Ha de llover hasta que se levanten los maíces sagrados y sea
posible la celebración de la muerte.

Ha de llover.

¿Por qué no? ¿Por qué no ha de llover
en la tiniebla intestinal y en las hirvientes médulas?

Ha de llover

en los adolescentes frenéticos y en los adoradores nocturnos
y en los ancianos extraviados en la música.

Ha de llover

en el pensamiento y en la felicidad ensangrentada.

Ha de llover sobre esta piedra enferma
donde, en la noche, cunde un resplandor
procedente de astros inservibles.

Ha de llover,

ha de caer la lluvia con dulzura
sobre los suicidas del amanecer.

Ha de llover
en la superficie cristianizada por la industria. Tiene que llover
sobre las catenarias, en Vega Magaz,
hasta que aúllen las alondras y
los ferroviarios se desnuden
y detengan la máquina que llora.

Ha de llover en la extremaunción
sacramentalmente perversa. Tiene que llover
en el interior del hierro y en la furia blanca
de cien mil niños larvados por la trisomía veintiuno
y sobre la furia roja
de cien mil niños palestinos.

Tiene que llover.

Tiene que llover con ternura
sobre las secretarias parturientas.

Ha de llover
sobre los jueces y los asesinos,
sobre los comandantes y las monjas.

Ha de llover en los prostíbulos
y en los ministerios invisibles
y en las fístulas negras y
sobre las serpientes melancólicas.
Y las serpientes han de silbar tristemente

todas las melodías olvidadas. Son reconocibles por su olor a sombra y a sustancia inguinal. Dichas serpientes silbarán en las cajas de ahorro y en los urinarios y en las tumbas.

Sí, ha de llover. Hoy es martes especialmente. Hoy resucitan los fusilados de Villamañán.

Ha de llover en las letrinas notariales hasta que aparezcan los títulos de la propiedad mortal y de la tristeza hipotecaria y cien cartas de amor de Francisco Franco.

Ha de llover dulcemente sobre las niñas que abortan en octubre. Ha de llover en la agonía de Jorge Pedrero y sobre los visitantes lívidos.

Ha de llover en mis venas y en mi desaparición. Causa analógica: se sabe que los agonizantes son felices rodeados de llanto.

Ha de llover con crueldad católica sobre los huesos de Felipe Segundo y de los Caídos por Dios y por España.

Agua para los prostáticos
y su dolor universal. Agua también
para los sifilíticos y los curas.

Agua para los Borbones
y para los mendigos y las mujeres rojas
que gritaban los gritos amarillos
de mil novecientos treinta y seis.

Ha de llover.

Ha de llover en los pantanos
rebosantes (se dice) de fascismo y
de tristeza imperial. Se han encontrado
poderosas razones ecuménicas
para que llueva en los pantanos. Es
físicamente necesario a causa
de la prosperidad del incesto y
de los cuchillos olvidados en las iglesias.

Ha
de llover.

Ha de llover, sí, pero no han de olvidarse
los manantiales del dolor ni las acequias
secretas de los monasterios ni
la humedad de las sociedades anónimas.

Ha de llover jamás y siempre. Con
desesperación agraria. Ha de llover
hasta que enloquezcan los metales
y el sílice y las inmensas madres
del Barrio de la Sal.

Ha de llover ya.

¿Está lloviendo?

Sí, está lloviendo. Las madres
son blancas y locas.

Vienen

a la profundidad de San Marcos y
a los laboratorios de la tortura.

Ya

están aquí las madres. Traen
fuego y amor las madres.

Ya

la costumbre penal y la memoria arden.

Ya están ardiendo para siempre
con esperanza roja, con amor,
maternalmente,
los juicios sumarísimos.

Ha de llover.

(Inédito)

NOTA BIOGRÁFICA

Antonio Gamoneda (Oviedo, 1931). Ha publicado los libros de poemas *Sublevación inmóvil* (1960), *Descripción de la mentira* (1977, 1986 y 2006), *León de la mirada* (1979 y 1990), *Blues castellano* (1982 y 1999), *Lápidas* (1986 y 2006), *Edad (Poesía 1947-1986)* (1987), *Libro del frío* (1992, 2000 y 2003), *Mortal, 1936* (1994), *El vigilante de la nieve* (1995), *Libro de los venenos* (1995 y 1997), *¿Tú?* (con grabados de Antoni Tàpies, 1999), *Arden las pérdidas* (2003), *Cecilia* (2004) y *Extravío en la luz* (2009), adelanto de un nuevo libro actualmente en preparación. Su poesía hasta 2004 está recogida en el volumen *Esta luz* (2004). En 2009 publicó un volumen de memorias bajo el título *Un armario lleno de sombra*. En 1985 obtuvo el Premio Castilla y León de las Letras; en 1988, el Premio Nacional de Literatura, y en 2006, el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana y el Premio Cervantes.

